

**PRISMA**  
 REVISTA ILUSTRADA DE ARTES LETRAS &  
ARIEL LIMA

Premiada con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Milán de 1906

DIRECTOR - CLEMENTE PALMA

Año III

Lima, á 2 de noviembre de 1907

N. 63



G. Castiglione. - Cuestión de honor  
 Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
 Universidad del Perú. Decana de América

Salón de 1907



# Notas de Artes y Letras

POR CLEMENTE PALMA

Acaba de salir de las prensas del *Comercio* un librito interesantísimo y sustancioso de Oscar Miró Quesada, uno de los jóvenes más ilustrados é inteligentes que tiene la Universidad de Lima. Se titula *Problemas Ético-Sociológicos*, y son una serie de artículos en los que el autor estudia y dilucida los principales problemas que hay que resolver para que nuestro país pueda ser considerado como una nación bien constituida según las teorías sociológicas modernas. Se observa en el libro de Miró Quesada algo que no sé como calificar, si como un elogio ó como un defecto: la estricta sujeción y respeto á las leyes y teorías que han señalado los sabios respecto á los fenómenos sociales. La sociología, ciencia de reciente formación no ha llegado aún á fijar leyes muy seguras sobre los fenómenos de la biología social, por cuanto la complejidad de ellos y la concurrencia simultánea de infinitas causas de órdenes diversos, modificadoras de un fenómeno, hacen difícil determinar cual es el principio que prima y rige un hecho complejo. De aquí el peligro de atribuir á los fenómenos orígenes que en realidad no les corresponden y de aconsejar remedios que acaso serían infructuosos. No obstante esto por lo general Miró Quesada acierta y por lo general es discreto en sus apreciaciones, puesto que el es el primero en convenir en la relatividad de los principios de la ciencia contemporánea. Y al decir que acierta no pretendo yo, ni lo pretende él, que ha puesto el dedo en el verdadero origen de nuestras insuficiencias de organización social ni en que los remedios que supone eficaces lo sean realmente. Simplemente afirmo que es acertado al sentir con claridad y definir de un modo concreto, lo que todos los no avezados con las leyes y principios y doctrinas sociológicas que se estudian en los libros y en las aulas, creemos son las dolencias que aquejan nuestra incipiente nacionalidad. Acaso hay demasiado *teoricismo* en el estudio que hace Miró Quesada, demasiada dialéctica escolar que en verdad huelga tratándose de un estudio de nuestras enfermedades sociales y de su terapéutica. Habría sido mejor un estudio de mayor observación directa prescindiendo un poco más de los aforismos y postulados de los sabios, porque en primer lugar el estudio del señor Miró Quesada habría sido así más fecundo y conveniente, y además menos especulativo.

No es que crea tiempo perdido el empleado en el estudio meramente teórico de la cuestiones; pero sí es que creo dado el talento brillante del autor su obra habría sido de interés más general y más proficuo; y por lo menos daría mayor margen para que los llamados á intervenir prácticamente intentado las orientaciones provechosas de nuestra sociabilidad discutieran y estudiaran las conclusiones de Miró Quesada, apoyándose en las observaciones de nuestro medio social y de nuestra raza, más bien que en las teorías, no siempre consistentes y no siempre bien hechas de los sabios que han trazado los principios generales en que creen reposan los fenómenos sociales. Cierto es que el autor con un talento claro y una sólida firmeza y oportunidad complementa las teorías aplicándolas á nuestra sociabilidad; pero precisamente es esta la parte que más flaquea, no por la inexactitud, sino por el poco detenimiento con que hace esa aplicación. Seguramente que en nuevos ensayos, toda vez que el joven pensador tiene empuje y conocimientos para ello, emprenderá estudios de mayor aliento, en los que á la espe-

culación científica vigorosa se una la fijación de orientaciones concretas detalladas y fundadas en observaciones directas y profundas.

En mi concepto, el problema político, el económico, el moral, el social, el pedagógico mismo al que tanta importancia se viene dando, no son sino derivaciones del problema étnico. Todos los esfuerzos para resolver aquellos, fuera de éste, son infructuosos, inconducentes, vanos. La primera necesidad que hay que satisfacer, es la de constituir una nacionalidad de elementos moldeables á la civilización y que en su constitución étnica no presente las resistencias que presentan nuestras razas á todas las iniciativas, provechosas cuando se experimentan en otros pueblos é infecundas en el nuestro. Generalmente queremos resolver nuestros problemas, y los resolvemos realmente por algún lapso, con los tópicos científicos, con la aplicación de teorías y procedimientos empleados por verdaderas naciones. Pero todas nuestras brillantes luciones solo afectan la periferia: á poco que se descascare reaparece la realidad desconsoladora de nuestra sociabilidad inferior. Esa conciencia nacional que Miró Quesada cree posible llegue á formarse por una educación metódica y enérgica en mi concepto es ilusoria tratándose de las capas inferiores de nuestra organización étnica que por desgracia es la más densa, la que por su número forma el elemento más importante por ser el que más pesa en todos nuestros problemas.

Todos nuestros gobiernos últimos han temido afrontar la solución del problema de la inmigración europea, no obstante comprender que sólo con ella se puede construir la nacionalidad peruana del porvenir. Y la falta de resolución para emprender la tarea, en realidad larga y de fructificación remota, ha hecho que se piense en optar por otros temperamentos en apariencia propios para la realización de un progreso moral y social. Para no proceder á la importación directa de elementos étnicos saludables se ha alegado infinidad de razones que no son lo suficientemente sólidas para justificar la inacción: la falta de vías de comunicación, la falta de agua en la costa, la carestía de los trasportes etc. Y como los norteamericanos están abriendo lentamente al Canal de Panamá esto nos ha venido de perilla para relegar la solución del problema de la población á los años en que el canal esté abierto y los inmigrantes vengan por su propia voluntad. Entretanto creemos que con la difusión de las escuelas haremos del indio un ser útil, un ciudadano consciente de sus deberes cívicos, un ser industrial, con carácter, inteligencia y aptitudes para constituir elementos de valor intrínseco, y fuerzas impulsivas en el desarrollo de nuestra nacionalidad. . . . . No, yo creo que mayores beneficios que cuatro, diez mil escuelas, harían tres, cuatro, diez colonias en la costa ó en la sierra, mejor en la costa, á cuyo sostenimiento dedicara el estado las rentas consagradas hoy á construir iglesias ó puentecillos y á reparar tantas cosas que son irreparables. El problema pedagógico es insoluble entre nosotros porque ni hay gente que pueda educar entre nosotros en la forma integral y provechosa que determinan las teorías pedagógicas modernas; ni hay, fuera de Lima y una que otra capital de departamento, gente á la que valga la pena educar. Todas las hermosas teorías que expone Miró Quesada y que su noble espíritu, entusiasta porque es joven, optimista, porque cuando se es estudiante y se

contempla en los libros y en las razas fuertes el amor á la vida resolviéndose en cantos de energía y en himnos de piedad altruista hacia el grupo de la especie humana á que se pertenece;—todas esas teorías, repito, y esa terapéutica que Miró Quesada recomienda, pueden acaso tener aplicación solamente, y aún así me parece dudoso, entre los cuatrocientos ó quinientos mil mestizos de la costa.

Reconozco que tienen mucha razón los señores Rivagüero y Miró Quesada al censurar ese industrialismo que se ha apoderado de nosotros, ese "espíritu práctico" que hoy nos domina que mata la especulación, fondea el más antipático egoísmo, y destruye no solo las idealidades colectivas sino las personales. Pero no es justo extremar el ataque á esa corriente que hoy domina en nuestra sociabilidad porque seguramente que ello no es sino un momento de nuestra vida histórica, es una reacción contra nuestra anterior molición y nuestro furor quijotismo de antaño. Precisamente en nuestra raza en nuestro ingénito idealismo, en nuestro espíritu de apasionados meridionales debemos tener fé, debemos confiar en que una nueva reacción enderezará lo que la fiebre actual tuerza. No temamos que ello llegue á echar raíces muy profundas en nuestra mentalidad y en nuestro carácter. Yo creo que aún no es llegado el momento de oponerse á esa corriente, porque aun no ha dado todos los buenos frutos que debe dar, y uno de ellos

precisamente ha de ser, si los hechos tienen entre nosotros la lógica que debieran tener, la importación de inmigrantes en oleadas fecundas para nuestra vitalidad futura y para nuestro mejoramiento étnico, del que depende la solución eficaz de todos esos problemas que estudia Miró Quesada. Es incontrovertible que los pueblos deben preocuparse y se preocupan, primero que de otra cosa de adquirir el bienestar material. Adquirámoslo, seamos primeros ricos, explotemos nuestro suelo, seamos agricultores, mineros, industriales, y cuando la riqueza pública y privada se incrementen hagamos uso noble y benéfico de nuestra riqueza y ese uso no puede ser otro que el de constituir la nacionalidad por medio de esos dos grandes factores: la raza primero y la educación. El error que estamos cometiendo es el de querer invertir las cosas y de creer que con la aplicación de bellas teorías solamente se puede alcanzar la verdadera redención de una sociabilidad que, tal como es, una amalgama de indios, chinos, negros y mulatos, es irredenta. La aplicación amplia de todas las teorías del señor Miró Quesada vendrá más tarde cuando en las postrimerías de este siglo, las razas inferiores hayan decrecido en la mismaproporción en que hayan aumentado el elemento educable originado por esa inmigración que traigan acaso el industrialismo de hoy y un profundo y consciente patriotismo en los gobiernos futuros convencidos de que solo las razas europeas viriles enérgicas pueden inyectarnos el verdadero concepto de la nacionalidad.

## MANIOBRAS MILITARES EN HUARAZ



# El bello entre los bellos

Desde los tiempos de Nerón en que Petronio, el "arbitrator elegantiarum", se impuso por su talento y sus vicios de gran señor fastuoso y artista, hasta los tiempos modernos, todas las grandes cortes han tenido un idolo de frivolidad masculina, que ha llevado la batuta en lo relativo á las modas y que ha impuesto sus gustos, caprichos y extravagancias. Conocidos son los nombres de Richelieu, de Lauzun y de varios más que han sido prototipos de elegancia y galantería. En la época contemporánea han tenido celebridad el actual rey de Inglaterra y su rival en la elegancia el actor Le Bargy. Pero de todos estos "arbitrator" el más célebre ha sido Jorge Brummel, el Bello entre los bellos, que personifica el "dandysmo" y la coquetería masculina. Barbey d'Aurevilly consagró muy hermosas páginas al insigne elegante inglés. La vida encantadora y deplorable de Brummel, el rival del rey de Inglaterra, quien más de una vez palideció de celos, es romancesca y á la vez irónica y cruel.

—¿Que querrías ser?

Jorge, príncipe de la Gran Bretaña, heredero del trono de Inglaterra hizo esta pregunta á un adolescente en la quinta de Green Park, cerca de Londres, propiedad de Mrs. Searie, y á la cual acudían los grandes ingleses á darse la ilusión de ir al campo. Y el adolescente, el pequeño Brummel, sobrino de Mrs. Searie respondió:

—Yo querría servir al rey en el ejército...

—Pues bien cuando salgas de Oxford ven á buscarme que yo te daré un puesto en el 10º de húsares, mi regimiento.

Es así como se decidió la carrera oficial del futuro rey de las elegancias. El príncipe fué su primer modelo: este modelo vestía admirablemente y consagraba todo su tiempo no á aprender el difícil oficio de soberano sino á satisfacer la necesidad de ser agradable, de ser seductor. M. Roger Boutet de Monvel en su obra *Jorge Brummel y Jorge IV* nos refiere un detalle delicioso sobre el príncipe de Gales: "Tres veces al día se hacía sangrar para presentarse pálido y débil ante las bellas cuyo corazón esperaba vencer por la compasión". Esto era el colmo del snobismo!



Brummel y lady Stanhope

Brummel hizo en Oxford el aprendizaje de la insolencia. Rompió completamente con los camaradas que vestían mal y con aquellos que por su modestia de origen ó de fortuna no podían serle útiles. Comenzó por tomar en sociedad una actitud de suave, romántica grosería y desgano y tuvo éxito. Un poco más tarde, conversando con lady Stanhope de un joven coronel, dijo insolentemente desdeñoso:

—Bah ¿quien conoce á su padre?

—Eso decís—replicó la gran dama picada—y quien conoce al vuestro?

Brummel no se cortó por eso. Confesó que realmente su padre era un desconocido en la alta sociedad y que el mismo lo sería si no hubiera sabido adoptar el rol que tenía.

—Que yo deje durante ocho días de mirar á los marqueses sobre el hombro y de tratar á los príncipes de la sangre como á unos mentecatos y no sería preciso más para que se me relegara al más completo olvido. El mundo es necio y yo me aprovecho ampliamente de su necedad.

Con tales principios se va lejos. Cuando en marzo de 1795, Carolina de Brunswick, prometida del príncipe heredero desembarcó en Inglaterra, Jorge Brummel fué designado entre los caballeros de honor. Tal distinción



El maestro se viste

asombró á la corte menos que al beneficiado quien se mostró desagradablemente sorprendido al saber que tenía que ir á Manchester. Corrió donde el príncipe:—Manchester! Abominable guarnición, le dijo, una ciudad industrial, toda negra....

—Efectivamente....

—Y además no estaréis vos allí!

Esta galantería tuvo éxito y el bello Brummel se quedó en Londres, pero fastidiado con la disciplina militar pronto dejó la carrera de las armas. Pobre con treinta mil francos de renta—una miseria para el medio de lujo insolente en que vivía—consagró á la *toilette* la mayor parte de su tiempo sentando las bases de una celebridad casi inmortal.

## BRUMMEL EN SU TOILETTE

¿Cómo se vestía Brummel? Preguntad mejor como pintaba Rembrandt y cual era el procedimiento poético de Homero. Las operaciones complicadas y graves de su *toilette* se hacían á puerta cerrada. Los amigos y visitantes de Brummel le esperaban en una pieza vecina; lo más que podían entrever era una infinidad de criados afanosos yendo y viniendo á recibir y ejecutar las órdenes del amo. M. Boutet de Monvel nos da algunos datos respecto á la laboriosa operación del *nudo de la corbata*, el *chef d'œuvre* de ese dandy sublime.

La corbata ó *echarpe* era invariablemente de muselina blanca y se enrollaba varias veces al cuello. En ver-

dad un hombre vulgar no le habría encontrado nada de extraordinario; pero según dicen los técnicos de la frivolidad, cuanta gracia había, que supremo encanto debía existir en aquella corbata con sus dos extremos de desigual longitud, ligeramente *chiffonnés* sin estar por eso ajadas, guardando el tono conveniente y acusando á la vez negligencia y descuido artísticos. Lo más maravilloso era ver á Brummel ejecutar él mismo su *chef d'œuvre* efímero y frágil. En menos tiempo del que se emplea en contarle daba varias vueltas á su echarpe en el cuello, hacía el nudo y plegaba los bordes del cuello sobre la corbata; después bajaba gradualmente el mentón y presionando gradualmente dejaba las cosas en el sitio conveniente. Bien se comprende que tan rápido arreglo no podía quedar siempre perfecto desde el primer momento; el menor descuido no se remediaba sino empezando de nuevo con otro echarpe, y á veces gastaba muchos metros de muselina antes de conseguir un nudo perfecto. Un día un visitante vió al criado de Brummel que salía de la cámara del amo llevando una cantidad prodigiosa de tela arrugada.

—¿Qué es todo eso?

—¡Oh, nada, algunos errores!

Y á estos errores, á estas tentativas desgraciadas ó felices solo Jorge IV asistía: el regente, y rey más tarde, se desvivía por asistir á la toilette del Bello entre los bellos. Apreciaba profundamente el favor que le concedía este hombre de genio. Para los demás amigos de Brummel el tocado de este quedaba en misterio y tinieblas.

—Dadme vuestra receta para lustrar—le imploraba un joven deslumbrado con el brillo de las botas del dandy.

—A este respecto no me sirvo sino de musgo del campo.

Otro le pedía la dirección de su peluquero.

—Tengo tres, contestaba, uno para las sienes, otro para la frente y el tercero para el occipucio.



La entrada de Brummel en un salón

El duque de Bedford estrenó un *pardessus* que había ideado y quería á todo trance que Brummel le diera su opinión sobre él; el gran señor esperaba su juicio con la

ansiedad de un dramaturgo novel que lee su manuscrito á un artista. Al fin Brummel dió su opinión: tomó la prenda con el pulgar y el índice, la examinó con displicencia y dijo con aire compasivo:

—Veamos, Bedford, llamáis á *eso* un *pardessus*?

Brummel no era bello en realidad pero tenía un supremo aire de distinción y una fina cabeza rubia de expresión irónica. Toda su existencia estaba consagrada á



Brummel arruinado

su papel de ser impertinente hiriente y egoísta. Un comerciante le invitó á comer y le rogó que él mismo escogiera las personas que debían acompañarlos. Brummel contó después que la comida estuvo exquisita pero...

—Creeréis que F (su anfitrión) tuvo el tupe de sentarse á la mesa y comer con nosotros?

Otro individuo lo invitó á cenar.

—Con el mayor gusto pero ofrecedme que no se lo contaréis á nadie.

Brummel paseaba su incommensurable vanidad, su fastidio y su insolencia por todas las reuniones mundanas, en donde su llegada provocaba rumores de admiración. En los espectáculos públicos llegaba cuando comprendía que sería visto: dirigía una mirada circular de fastidio sobre la multitud y en seguida se retiraba. "Todo el tiempo que no produzcais efecto, decía, quedaos; producido el efecto, idos". Sus máximas eran afanosamente recogidas por una legión de imbéciles y de fatuos que no tuvieron ni su elegancia ni su originalidad.

El príncipe de Gales que tan poderosamente había contribuido á prestigiar á Brummel rompió con él en 1811. Quizá si fué por celos del imperio absoluto que aquel ejercía sobre la moda y que le parecía más envidiable que el trono de Inglaterra. Quizá también si fué porque la insolencia y mordacidad de Brummel al fin le hirió y resintió. Y en efecto, ebrio de orgullo, Brummel se atrevió á atacar directamente al príncipe burlándose de su vientre, cosa que no perdona jamás un hombre elegante que empieza á engordar. Un día en el colmo del furor la Alteza Real hizo expulsar á Brummel de un baile. Otro día se paseaba Brummel con un amigo y el príncipe detuvo á este y conversó con él sin sa-



Brummel en desgracia

ludar á Brummel. Cuando el príncipe se despidió el dandy sublime preguntó en voz alta y clara como para que le oyeran:— ¿Quién es ese señor *gordó*? Otro día llegó Brummel á una exposición de pinturas al mismo tiempo que el príncipe. La guardia presentó las armas al heredero del trono, y Brummel afectando creer que los honores eran á él respondió saludando gravemente á los guardias, con gran ira del príncipe y diversión de los espectadores.

## LA RUINA DE BRUMMEL

Después de su brillante apogeo siguió para Brummel una dramática decadencia de su fortuna, derrochada en sus lujos y más aún en el juego. En una noche ganó Brummel 650,000 francos y los perdió en tres. Su estrella palideció al mismo tiempo que la de Napoleón. Tuvo también su Waterloo! En 1815 le restaban diez mil guineas que fueron desparramadas sobre la mesa de juego. Sus deudas se hicieron escandalosas. Un joven elegante se atrevió un día á reclamarle un millar de guineas.

—¿Vuestro dinero? ¡Yo creía habérselo devuelto ya!

—¿Cuándo?  
—Ayer—dijo con sublime impertinencia y descaro— cuando hallándome en el balcón del club, al veros pasar por la calle os dije: “¿Buenos días, Jimmy, cómo estáis?”

Pronto se le agotó el crédito, los amigos murmuraron y Brummel se retiró á Francia. Catorce años vivió en Calais en un entre-suelo que le alquiló el librero M. Leleux. Los veinticinco mil francos que llevó los consagró al mobiliario de su casa. Hizo una vida triste: se levantaba á las nueve, despachaba su correspondencia, leía los diarios, se arreglaba de 12 á 4 para dar un paseo, comía y luego iba á algún espectáculo. Vivía del socorro de algunos amigos.

La casualidad hizo que Jorge fuera á Calais y entre la multitud reconociera á Brummel: “Dios santo, Jorge Brummel!” exclamó como si viera un espectro. Se quiso conmovier al soberano sobre la miseria de su antiguo camarada, pero fué en vano. El rey no podía olvidar que el Bello entre los bellos había satirizado su vientre. Wellington movido de piedad nombró á Brummel cónsul de Inglaterra en Caen en 1830. Este nombramiento fué bien acogido por la sociedad legitimista y ya comenzaba Brummel á levantarse cuando en 1832 lord Palmerston le destituyó brutalmente. Una nube de acreedores le mordió los talones cuando descendió de la categoría de cónsul de S. M. británica á simple particular. En 1835 fué encarcelado por deudas y llenó de estupefacción á sus compañeros de cárcel al oírle pedir 15 litros de agua para sus abluciones cotidianas y dos litros de leche. Viejo, amenazado de parálisis, su preocupación de elegancia se hizo enfermedad y cayó en una especie de estolidez que le hacía el convidado más insoportable. El exquisito dandy se volvió un viejo goloso que vendía sus dijes para comprar pasteles y coles á la crema. Acabó sus días en una casa de salud á donde le hizo llevar la caridad pública.

Tal fué el fin lamentable del Bello entre los bellos, del árbitro de las elegancias de un país que si conserva hasta el día el cetro de la elegancia masculina, es quizá gracias al célebre dandy.

## Cuento galante

## En cada hoja

En el album de la señorita Alicia Lasres y Bazo

No es una rara historia que reposara en calma  
en el cofre de magia del gran Ricardo Palma  
Es un cuento galante que no está concluído,  
que no sé cuando y como ha llegado á mi oído.

Esta es una Reina venida de aquellos  
caudillos que alzaron sus flechas al Sol.  
Y él es un mancebo de blondos cabellos,  
con sangre de un bravo Virrey español.

Se vieron, se amaron. La historia fué una  
historia muy vieja casi inmemorial  
(un astro que pasa sobre una laguna  
y tienen que unirse la luz y el cristal.)

Después en las noches serenas de Luna  
el astro besaba la quieta laguna  
y el agua tomaba perfumes de flor.

Y cuentan.... ¡silencio!... que siento el sonoro  
galope del potro de crines de oro  
lleva á los novios camino al amor.

RICARDO MIRO.

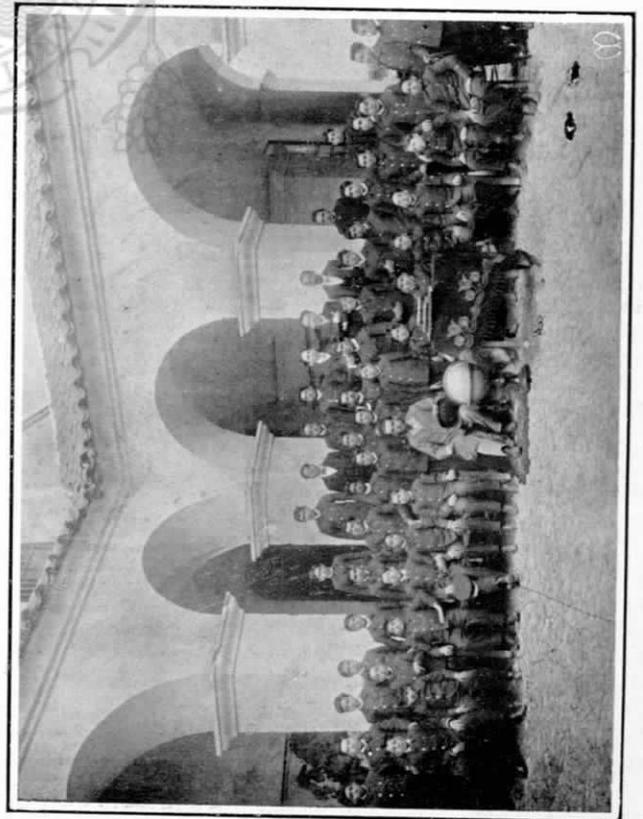
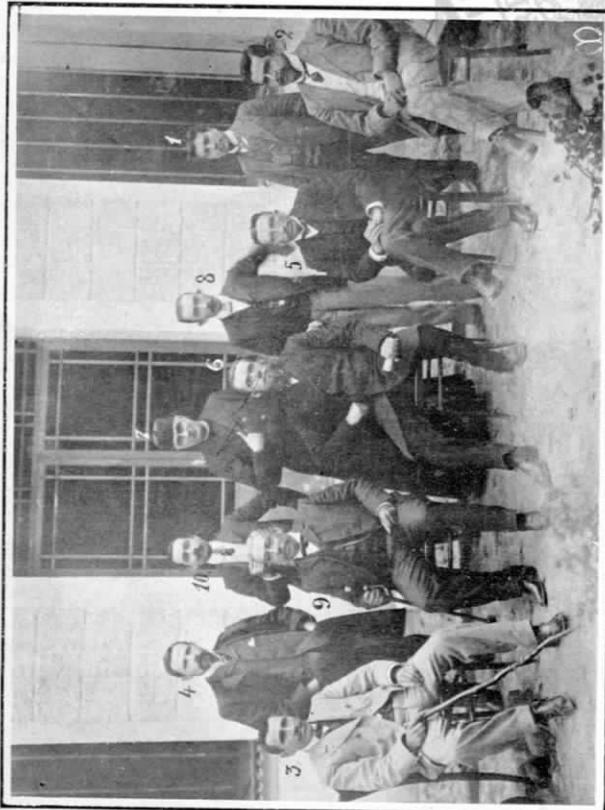
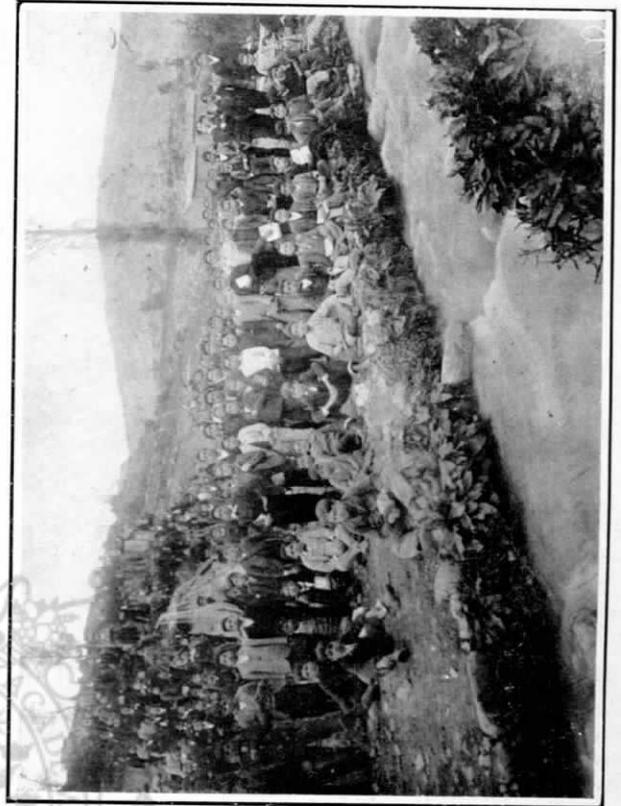
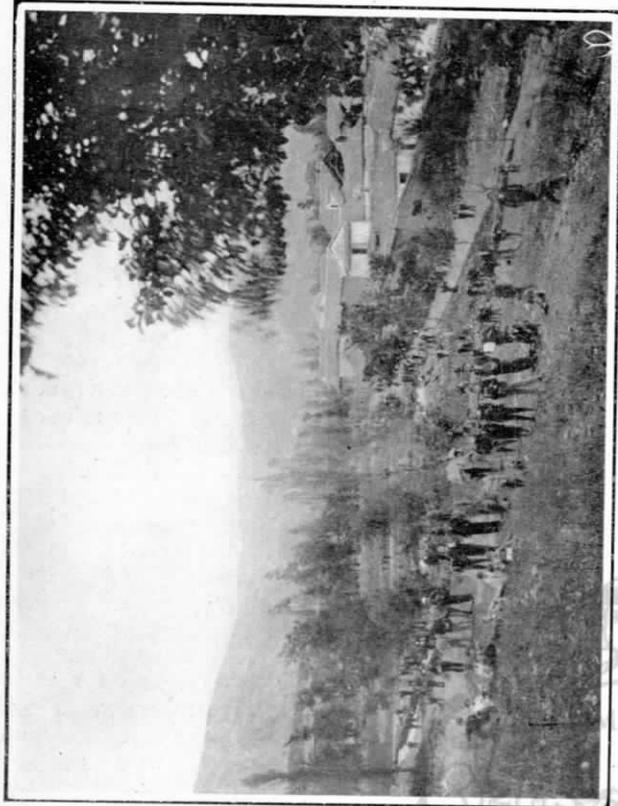
Panamá, octubre de 1907.

No escribas de los campos. Solo viste  
en tus pardas llanuras el madroño,  
que sol, y cierzo, y aridez resiste.  
En las tierras feraces no seguiste  
el proceso del brote y el retoño,  
y no puedes saber, como el otoño  
es en los campos hondamente triste!

En la pampa que sueñas, en la roja  
coloración en que se ve teñida  
la selva verde ayer, hay la congoja  
y el temblor de la eterna despedida;  
en cada hoja  
que vuela por los aires, desprendida  
del árbol secular, cae una vida....

FRANCISCO A. DE ICAZA.

COLEGIO NACIONAL DE HUARAZ



I.—Cuerpo docente del colegio: 1 Señor David Izaguirre; 2 Doctor Eledoro Macedo; 3 Doctor David Caballero; 4 Doctor Carlos Robles; 5 Doctor Alejandro Maguina; 6 Director Dr. Federico Byland Fritschy; 7 Doctor Pedro del Pozo; 8 Bachiller José P. Tapia; 9 Doctor David Antunez; 10 Señor Zenobio Cárdenas.—II Alumnos jugando en el jardín del colegio.—El director y los alumnos internos.—IV Grupo de alumnos.  
Foto. Valverde

# EL "REAL FELIPE"

## LA ULTIMA JUNTA

(Conclusión)

León no trajo del Callao sólo un plano. Trajo también el testimonio de su adhesión; la voz de aliento de los prisioneros hombres probados en el peligro, y listos para ofrecer el contingente de su acción; el recuerdo de los cabos José Zaura y don Luis Ramírez y de los 40 soldados del «Real Infante», patriotas y leales que habían quedado con diversos pretextos en la fortaleza; quizás, sí, también, las protestas de algunos de los soldados de la guarnición, esos milicianos por cuyas venas corría sangre americana la que hacía latir sus corazones con los ensueños de la libertad.

### V

La ocasión era propicia, y quedó señalado el día siguiente, martes 21 de julio de 1818 para verificar la sorpresa. (1)

Los conjurados debían hallarse listos y estar antes de las siete de la noche, en Bellavista y el Callao, aisladamente, ó en grupos pequeños que no infundieran sospechas y el centro de reunión la Corcha de los cables, pampa que se extendía entre Bellavista y la fortaleza. (2)

Los contrabandistas serían avisados para que se encaminasen al puerto.

Esos hombres no inspiraban confianza, Prontos para cooperar en la ejecución de un delito, es indudable que no serían capaces de arriesgar la vida en un acto de audacia para un fin noble y levantado.

—Al que no tenga valor se le da un balazo, dijo uno bajo de cuerpo, de los del congreso. (3)

Mateo del Campo sabía lo necesario y se retiraba con Olivares.

—Avisé usted á los amigos del Callao, dijo el jefe á Olivares, que permanezcan quietos, que á ninguno se le haría daño como den la contraseña de Pedro! Pedro! (4)

Gómez estaba emocionado. Al despedirse del Campo y Olivares, los acompañó y tomando la mano del segun-

(1) Declaraciones de Tomás Olivares y Mateo del Campo.

(2) Declaración de Mateo del Campo.

(3) Declaraciones de Mateo del Campo y de Tomás Olivares. Lo mismo declara del Campo en la rueda de presos, actuada el 3 de octubre de 1818, expresando no tener presente quién fué el que dijo: «al que no tenga valor pegarle un balazo, y, sólo sí, que era bajo de cuerpo».

(4) Declaraciones de Nicolás Piñateli y Mateo del Campo.

do la llevó al pecho, la oprimió contra su corazón, diciéndole: (5)

—¡Hasta pronto amigo!

Cuando salían, otro hombre á caballo dió la contraseña ¡Pedro! á uno de los criados de Pagador que hacía de portero, la puerta fué abierta y la junta continuó haciendo los últimos preparativos.

### VI

De uno en uno los conjurados fueron retirándose.

—Hasta mañana, les dijo Gómez, repartiendo los rayos de su mirar sereno.

—Hasta luego, dijo, también, á José María Pagador.

Cuando ese hombre de músculos de acero y corazón de bronce, al entender de todos quedó solo, miró á los cielos al traves de los cristales de la ventana, y empañados los ojos por las lágrimas, vió algo.

Sin duda la imagen de la patria cubierta de heridas de las que manaba abundante la sangre.

El empecinado, cayó, entónces, de rodillas, exclamando:

—Patria mía! Te he ofrendado mi sangre en mil empresas; voy á la última. Si Dios me protege te veré libre, si me abandona, habré sacrificado á tus pies mi único tesoro, mi vida.

Dios lo abandonó.

Es claro: la libertad necesita sangre para fecundarse; sin mártires ninguna idea triunfa.

Tanta grandeza no cabía en la tierra, y la gloria es para los gloriosos. A la inmortalidad entró el 2 de enero de 1819.

Yo que estudio con amor la historia nacional; que sorprende á sus campeones en su vida íntima; que los contemplo y los admiro; cierro los ojos y me parece verlos desfilar como constelaciones del Universo patrio, y cuando toca el turno á los tacneños diviso la simpática figura de don Francisco de Zela, y siento la necesidad de inclinarme reverente; pero cuando se acerca don José Gómez, vacilo y sin yo quererlo mis rodillas se doblan, mi corazón palpita con fuerza, y postrado, saludo á la sombra del héroe y del martir.

(5) Declaración de Tomás Olivares.—En el careo de 3 de octubre de 1818, Olivares, señalando á Gómez dijo ser el que aplicó ambas manos al pecho y el designado por Villamarcomo cabeza de la junta.

## A LA OBRA

### I

Vecino á la iglesia y convento de San Agustín, había, por entonces, un café, muy concurrido por parroquianos de toda clase.

A las once de la mañana del veintiuno de julio de 1818, entró en ese establecimiento José Casimiro Espejo en compañía de Pascual Hurtado, y siguieron, muy pronto, á éstos, Rivó y Manuel Zúñiga.

Los cuatro hombres tomaron asiento en torno de una mesa y luego se les acercó un quinto, el chileno Bernardino Escobar, exclamando:

—Pidan lo que quieran, que soy el mayordomo y yo pago.

Varios vasos de aguardiente desataron la lengua de Espejo que dirigía la parla con locuacidad al parecer, inagotable, aún cuando en voz baja;

Bien dijo de él, el capitán Lanao, al filiarlo, como reo ausente, que era muy charlatán.

Escobar oía, fingiendo indiferencia, y desviando sus miradas, como si temiera revelar en ellas sus secretos pensamientos.

El español Pascual Hurtado, escuchaba, silencioso, afirmando ó negando con ligeros movimientos de cabeza; y el único ojo de su rostro permitía adivinar, gracias á sus chispeos, que no obstante sus cincuenta y cinco años, quedaban en su alma restos del fuego juvenil, para ponerlos al servicio de una empresa atrevida como la de salvar un contrabando valioso.

Manuel Zúñiga no oía palabra, entregado como estaba á su placer favorito, el de embriagarse. El mismo dijo en su declaración: «Sólo atendía, como aficionado, á tomar aguardiente.»

El último, Rivó, estuvo allí, acompañó á todos hasta

el Callao, y desapareció, en seguida, como sombra que se deshace en la penumbra. Hombre listo debió ser, pues, mientras sus compañeros cayeron, todos, en poder de la policía colonial, él supo ocultarse tras un velo impenetrable.

## II

A la una de la tarde los cinco amigos dejaron el «Café de San Agustín» y pasaron, para comer, á la fonda de la calle de las Mantas, de donde, todos, menos Espejo, emprendieron la marcha hacia el puerto, á las dos de la tarde, según unos, á las tres, según otros.

Espejo no los acompañó porque hubo de retirarse á buscar el caballo en que había de hacer el viaje, pero les previno que ya los alcanzaba.

El verdadero objeto de esta expedición sólo era conocido por Espejo y Escobar, pues consta que, en un arranque de entusiasmo, por las liberalidades de aquél, dijo éste:

—¡Usted es un fiel patriota!—Ya vé cómo se portan mis paisanos los chilenos.

Hacía alusión á las recientes batallas de Chacabuco y Maypo, adversas á las armas españolas.

Los demás, Hurtado, Rivó y Zúñiga, eran simples comparsas: marchaban en busca de una ganancia ilícita, siquiera en la demanda arriesgaran la vida, sin otra mira que la de obtener un poco de dinero, ni otro ideal que el de su propia utilidad.

Los peatones fueron alcanzados por Espejo en la «Legua», en donde éste les invitó algún refresco y continuando su camino llegaron á Bellavista de donde se les separó el jefe diciéndoles que, iba un rato al Callao y que pronto regresaría.

Las siete de la noche eran, cuando los hombres que esperaban vieron venir hacia ellos á uno á caballo, el que, al acercarse, dijo en voz baja:

—¡Pedro!

—¡Pedro! contestaron los del grupo.

El que llegaba era José Casimiro Espejo.

—En marcha, camino del castillo, que allí está el contrabando, ordenó el recién venido.

Los cinco hombres se perdieron entre las sombras de la noche, como las gotas de agua en las ondas de la mar. (6)

## III

A las cuatro de la tarde del mismo día los hermanos José y Miguel Córdova, fieles á la cita dada por don Mariano Casas, aguardaban á éste sentados en el tercer óvalo del camino real del Callao.

Los dos iban armados con pistola y sable como serenos que eran de la capital.

Medio convencidos estaban de que habían sido objetos de una burla y creían un sueño que se disipaba lo de los doscientos cincuenta pesos y los dos vestidos, cuando vieron dibujarse á distancia la silueta de dos hombres á caballo.

Uno de ellos era Casas y su acompañante José Oliveira y Villalobos, conocido con el sobrenombre de el «Borrado».

Reunidos los cuatro, Casas, dispuso la marcha, y por el camino iba dando sus instrucciones:

—Vamos á hospedarnos en la panadería de Bellavista. Allí tenemos las bestias necesarias para extraer, conducir y defender las mercaderías del contrabando. La oscuridad nos favorece, y, además, la operación no ofrece mucho riesgo, porque los serenos del pueblo están hablados.—La oscuridad pone ciegos á los hombres, agregaba, filosofando, y una buena propina las vuelve sordos y mudos, y los tales serenos la han recibido.

En la legua se proveyeron de una bota de aguardiente y avanzaron hacia la panadería, á la que llegaron cerca de las seis de la tarde, y en la que encontraron muchos caballos ensillados.

(6) Los detalles que doy en los dos capítulos I y II, son tomados de las declaraciones de Espejo, Escobar, Hurtado y Zúñiga, que cayeron en manos de la justicia.

—¿En esas bestias debemos montar? preguntó José Córdova.

—No, dijo Casas: las en que hemos de ir están en Villagas: estas son para el contrabando.

Miguel Córdova, tan curioso como su hermano, también interrogó:

—¿Son esas bestias para el contrabando?

—¿Sí, contestó, secamente, Casas.

Unos tras otros, llegaban más hombres, que hablaban en secreto con Casas, y á las siete de la noche, uno de ellos ordenó:

—Vamos.

Dieciseis hombres desfilaban, á caballo unos, y á pié otros.

—¿Para qué tanta gente? volvió á preguntar Miguel Córdova.

—El otro interesado los ha enviado, respondió Casas, además, agregó, son muchos los fardos, y, entre ellos hay dos barrilitos con pepitas de oro.

—Entonces el dueño no se costeará con tantas gratificaciones.

—Sólo á nosotros nos pagan bien lo dicho: los otros no perciben tanta cantidad.

En seguida, el numeroso grupo se desvaneció, como el anterior, en las lobreguezes que rodeaban el castillo del «Real Felipe». (7)

## IV

Ginete en mal caballejo Mateo del Campo, recogió la distancia que separaba su café, en la plaza de la Inquisición, de la huerta de Presa, y cerca de las nueve de la mañana se halló en presencia de don José Gómez.

—Mi comandante: vengo á saber lo cierto de lo determinado ayer. (8)

—Esta tarde saldré al punto de reunión, le contestó Gómez.

Poco después el mismo jinete recorría el camino real, hacia el Callao.

Muy temprano era y al llegar á la calle de Malambo del pueblo de San Simón y San Judas de Bellavista oyó el rumoreo de un festejo, y allí se detuvo hasta las tres de la tarde.

A esa hora volvió á montar su jamelgo y muy pronto, ya sólo, ya acompañado de otros, recorría las encrucijadas y las irregulares calles del vecino puerto.

Buscaba á sus compañeros; recibía órdenes y las tramitaba.

A las siete de la noche llegó también á la llanura y su silueta fué borrándose hasta desaparecer en la oscuridad.

## V

El médico don Nicolás del Alcázar y don Carlos de Zabarburu, puntuales á la cita de honor, llegaron al sitio, en donde el peligro estaba y la sorpresa debía darse.

Pagador, el fiel amigo de Gómez, fué, no sólo, sino con dos de sus servidores: los tres bien armados.

Patriotas convencidos; llenos de fé en el éxito; prontos á sacrificar su bienestar y su vida en los altares de la Patria, Pagador con Alcázar y Valderrama son las figuras más simpáticas en esa tragedia que terminó en la horca y el destierro, y el relieve de sus bustos sólo es igual al de los tres cabos del «Real Infante»: Leon, Zaura y Ramírez, dignos ornamentos de la estatua de don José Gómez, que se destaca, por su grandeza, como mole inmensa de granito rodeada de pequeñas colinas, ó, por su magestad, como el sol de nuestro firmamento en medio de los lejanos roles y de su corte sideral.

(7) Casi textualmente he tomado las minuciosidades relativas al viaje de don Mariano Casas y sus contrabandistas de los testimonios de los hermanos Córdovas que fueron tomados presos.—Discrepan en algo: en el número de hombres que formaban su grupo, pues uno dice que era cuatro y el otro que cinco.

[8] Textual aparece en su instructiva.

# ATOMUS



CLARA y diáfana fué la noche, y habíala pasado el doctor Invéstigas en el Observatorio, haciendo estudios con el militelescopio, nuevo y poderosísimo aparato de investigación celeste, que el doctor á costa de prolijos estudios y trabajos había llegado á dominar.

Los astros más distantes de la tierra, en noches diáfanas, se veían tan claros, que podrían apreciarse fenómenos de vida y movimiento con la misma claridad con que distinguimos en nuestro planeta los objetos muy lejanos con anteojos marinos de alguna potencia.

Invéstigas, sabio eminente, hombre de lleno consagrado á la ciencia, estaba, como vulgarmente se dice, loco con el nuevo invento, y la noche de mi narración la pasó dirigiendo el militelescopio sobre Neptuno, uno de los planetas más lejanos de la tierra y por consiguiente más desconocido, puesto que á él nunca pudieron llegar los deficientes aparatos anteriores al militelescopio. Neptuno, con los nuevos medios de investigación, aparecía á 30 kilómetros de la tierra. Era como tener al planeta acuático, así le llamaba Invéstigas, al alcance de la mano. Un poco de imaginación del sabio podía hacer lo demás. La noche trascurrió en trabajos para conseguir que Neptuno estuviese dentro del radio de acción del militelescopio. Cuando se consiguió, venía la aurora, y los primeros albos del día separaron á Invéstigas del ocular del poderoso aparato.

Breve aplazamiento, pero el triunfo para el doctor era indudable, único resplandeciente, ¡Las ansias de toda su vida conseguidas, los trabajos de muchos años, coronados por el dios Exito, las punzantes acometidas de sus adversarios científicos rechazadas, vencidas, pulverizadas por el hecho elocuente, innegable, tangible! Y allí, al pie de su aparato, combatido por tantas y tan diversas sensaciones y sentimientos, se durmió Invéstigas.

Estaba en pleno Neptuno y en tierra de Atomus. Se enteró porque al andar, sus pies apisonaban diversas materias, no advertidas en un principio por el distraimiento del sabio, y porque del suelo llegó á sus oídos un balido tenue, que era gritos, quejas, lastimeras, el clamoreo de una multitud. De una multitud inmensa de se-

res, de una humanidad microscópica, de un tamaño no mayor que el de nuestras hormigas.

Invéstigas creyó que soñaba y que en él repetíanse las maravillosas aventuras de Gulliver; había caído en Neptuno, entre sus habitantes se encontraba y sus plantas posábanse sobre la populosa ciudad de Atomus. Pero no en sus anchurosas calles, que penosamente, en su latitud, podrían dar cabida á un dedo del doctor, sino sobre sus casas que bajo la pesadumbre de los pies del sabio, que ciertamente no eran de andaluza, se habían derrumbado con fenomenal estrépito que á Invéstigas le pareció quebranto de nueces ó choque de cascajo en fiestas de Pascua.

Se inclinó y sobre aquellas ruinas, hijas de su inadvertencia, puso una de sus manos. Huyó la multitud en hondas concéntricas, como huyen las aguas en el estanque del punto donde cae una piedra, y el silencio se hizo; silencio de muerte para los habitantes de Atomus. El doctor, para no reñir con su nombre, se puso á investigar.

Había que.

Las casas, los palacios, los edificios todos de Atomus ciudad populosísima, cabían holgadamente, con plazas, calles, y paseos en la plaza de Cataluña, y sobraba sitio. En el centro de la ciudad se alzaba un monumento de metal refulgente y diáfano, con las irisaciones del diamante y del tamaño de un casco de nuestra caballería. Era el templo de Atomisticus, el dios de los habitantes de la ciudad neptuniana. Eran estos bellos por sus proporciones, y remedo tan fiel de los hijos de la tierra, que parecían reducciones infinitesimales de los que aquí vivimos, los seres inferiores de aquella creación hipoliliputiense guardaban relación perfecta y armónica con los hombrecitos que admirado contemplaba el doctor. Los caballos, que arrastraban por las calles vehículos no mayores que una cáscara de nuez, eran poco más aventajados que nuestros mosquitos, y los perros y otros animales domésticos, tomarían por el Mahamulth gigante al pulgón que ataca nuestros cereales.



Los demás representantes de la fauna atomística, eran inapreciables para Invéstigas que aún tenía por el Mahamulth gigante al pulgón que ataca nuestros cereales.

Los demás representantes de la fauna atomística, eran inapreciables para Invéstigas que aún tenía por invención futura el milimicroscopio. La flora guardaba proporción con la fauna, y el sabio pudo observar que el césped de los jardines públicos podía confundirse con el verdín que crían en sus paredes de piedra nuestras viejas catedrales, y las plantas y arbustos eran no más crecidos que el césped, y los árboles más corpudos y gigantes, como una mata ó ramillete de cualquiera de nuestros arbustos.

Los ojos de Invéstigas, cubiertos con gafas de gruesos cristales, que trataban de combatir la aguda presbicia del sabio, no se cansaban de mirar aquella colección de maravillas. No había cambiado de postura; esperaba que alguno de aquellos seres, ahuyentados con su presencia, se determinarían á parlamentar.

Y hubo por fin parlamentario.

Uno de los habitantes de Atomus determinóse á avanzar, con las debidas precauciones, hacia el doctor. Este no respiraba. El de Atomus llegó, reconoció la mano del sabio, que debió parecerle falda de fragosa cordillera, y, convencido de su inmovilidad, comenzó á trepar. El doctor aguardaba palpitante de emoción.

Cuando el hombre microscópico estuvo sobre la mano del doctor, Invéstigas no pudo contenerse más tiempo y se incorporó dándole estancia en la palma de su diestra. El movimiento inesperado del sabio debió producir en el habitante de Atomus imponderable sensación de terror.

Levantó el doctor su mano á la altura de los ojos y reconoció á su sabor al atrevido excursionista. Eran admirables las proporciones de su cuerpo, en absoluto semejante á los de la raza humana.

De extraordinario, tenía unos apéndices nacidos en los homóplatos, en forma de alas y de una substancia semejante á las de las mariposas. Los habitantes de Atomus poseían la facultad de la aviación.

El vestido consistía en una serie de escamas de una materia ductil, que cubría todos los miembros del hombrecillo, excepto la cabeza y las manecillas. Con el calor se dilataban y abrían las escamas, dando paso al aire; el frío, contrayéndolas y cerrándolas, aislaba el cuerpo del medio exterior; todos los abrigos que el doctor conocía no podían competir con los vestidos de los habitantes de Neptuno.

El doctor habló, preguntó al de Atomus, quiso saber que era aquéllo, en donde estaba, pero el silencio fué la única contestación que obtuvo.

Fijóse en el hombrecillo de las alas y notó que sus ojillos, como la punta de un alfiler, negros, se movían con vertiginosa rapidez. Fijóse más y advirtió que era notoria la movilidad de los labios, que semejaban hojas de seda; pero el silencio, absoluto.

El de Atomus no hablaba, ó por lo menos, si lo hacía el deficiente oído humano no podía apreciar aquellos sonidos. Invéstigas lo comprendió y sacó de su bolsillo un potente y perfeccionado micrófono. Sobre él colocó al habitante de Neptuno y comenzó á percibir sonidos débiles semejantes al paso de una mosca sobre el parche de un tambor.

El hombrecillo hablaba. Pero debía de ser en una lengua extraña y desconocida, porque, detallando el doctor todos los sonidos, no podía entender jota.

Fijóse más y una sonrisa plegó sus labios é iluminó su frente que el estudio había surcado de arrugas. ¡De algo habían de servirle á Invéstigas sus trabajos filológicos! Sin ser idéntico, lo que hablaba el hombrecillo y el doctor oía, por mediación del micrófono, tenía cierta semejanza con partículas, raíces, y aijos del sanscrito, caldeo, asirio y otras lenguas orientales. El doctor, como orientalista, triunfabá una vez más.

Ya entendía al de Atomus.

Este decía:

«No hay cuidado. He pasado un buen susto, como todos los de Atomus, pero el peligro ha desaparecido.

Sin duda esta enorme masa petrea debe haberse desprendido de alguno de los astros muertos que al rededor de Neptuno giran. El movimiento de atracción que anunciaron los astrónomos del gran observatorio de Atomisticus se ha realizado. Doloroso ha sido para Atomus el acierto, porque media ciudad ha desaparecido en ruinas, al peso de esta masa informe que tengo bajo mis pies y que, impelida por un movimiento de rotación imponderable, todavía se movía violentamente cuando por ella trepaba yo, llevado por mi valor temerario y por el agujijón de la celebridad.

Sí,—continuó el de Atomus monologuando, mientras el doctor se escuchaba atónito—*Atomus Dier* será el primer periódico que hablará del extraordinario fenómeno, y yo, Alekxas, el primer periodista que habrás aventurado sobre esta masa desconocida, aún humeante. (efectivamente, Invéstigas, que no podía más, lanzaba su respiración calenturienta sobre el micrófono y sobre Alekxas.)

¡La ciencia de los sabios de Atomus ha triunfado, mi periódico ha triunfado, Alekxas ha triunfado!

¡Viva Alekxas!»

El doctor no pudo más. Dió un fuerte suspiro diciendo: ¡Investigue usted para esto! y salieron rodando el micrófono y el intrépido Alekxas.

Todavía el doctor, iracundo les hizo una caricia con el pie. Y se despertó. Era de día.



El vigoroso puntapié del sabio había hecho blanco en el ocular del militelescopio, que cayó en mil pedazos. Invéstigas, vuelto en sí, se lanzó al aparato y, al comprender la inmensidad de la catástrofe, se abrazó á él, llorando.

EMILIO DUGL.



# VISION

Tras de la misteriosa sombra extraña  
vi que se levantaba al firmamento,  
horadada y labrada una montaña

que tenía en la sombra su cimiento.  
Y en aquella montaña estaba el nido  
del trueno, del relámpago y del viento.

Y tras sus arcos negros el rugido  
se oía del león. Y cual obscura  
catedral de algún dios desconocido,

aquella fabulosa arquitectura  
formada de prodigios y visiones,  
visión monumental me dió pavora.

A sus pies habitaban los leones;  
y las torres y flechas de oro fino  
se juntaban con las constelaciones.

Y había un vasto domo diamantino,  
donde se alzaba un trono extraordinario  
sobre sereno fondo azul marino.

Hierro y piedra primero y mármol pario  
luego, y arriba mágicos metales.  
Una escala subía hasta el santuario

de la divina sede. Los astrales  
esplendores las gradas repartidas  
de tres en tres bañaban. Colosales

águilas con las alas extendidas  
se contemplaban en el centro de una  
atmósfera de luces y de vidas.

Y en una palidez de oro de luna  
una paloma blanca se cernía,  
alada perla en mística laguna.

La montaña labrada parecía  
por un magestuoso Piraneseo  
babélico. En sus flancos se diría

que hubiese cincelado el bloque espeso  
el rayo; y en lo alto enorme friso  
de la luz recibía un aureo beso,

beso de luz de aurora y paraíso.  
Y yo grité en la sombra:—En qué lugares  
vaga hoy el alma mía?—De improviso

surgió ante mí, ceñida de azahares  
y de rosas blanquísimas, Estela,  
la que suele surgir en mis cantares,

y díjome con voz de filomela:  
—No temas es el reino de la Lira  
de Dante; y la paloma que revuela

en la luz es Beatrice. Aquí conspira  
todo al supremo amor y alto deseo.  
Aquí llega el que adora y el que admira.

—Y aquel trono, la dije, que allá veo?  
—Ése es el trono en que su gloria asienta,  
ceñido el lauro, el gibelino Orfeo.

Y abajo es donde duerme la tormenta.  
Y el lobo y el león entre lo obscuro  
encienden su pupila, cual violenta

brasa. Y el vasto y misterioso muro  
es piedra y hierro; luego las arcadas  
del medio son de mármol; de oro puro

la parte superior, donde en gloriosas  
albas eternas se abre al infinito  
la sacrosanta Rosa de las rosas.

—Oh, bendito el Señor—clamé—bendito,  
que permitió al arcángel de Florencia  
dejar tal mundo de misterio escrito

con lengua humana y sobrehumana ciencia,  
y crear este extraño imperio eterno,  
y ese trono radiante en su eminencia,

ante el cual abismado me prosterno.  
Y feliz quien al Cielo se levanta  
por las gradas de hierro de su Infierno!

Y ella:—Que este prodigio diga y cante  
tu voz.—Y yo: Por el amor humano  
he llegado al divino. Gloria al Dante!

Ella en acto de gracia, con la mano  
me mostró de las águilas los vuelos,  
y ascendió como un lirio soberano

hacia Beatriz, paloma de los cielos.  
Y en el azul dejaba blancas huellas  
que eran á mí delicias y consuelos.  
Y ví que me miraban las estrellas!

RUBÉN DARÍO.

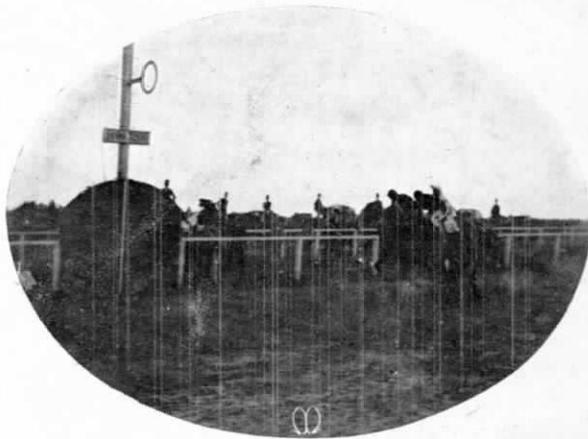


# NOTAS HIPICAS

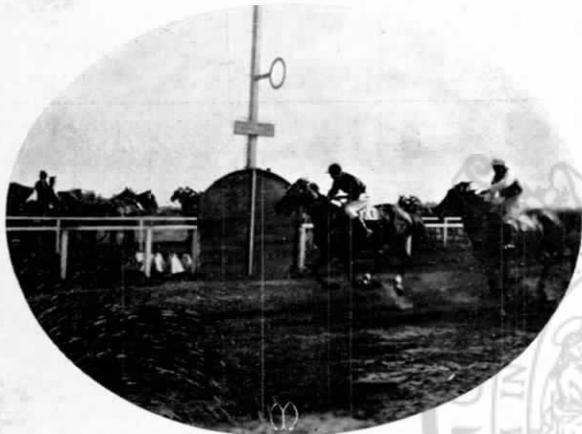
## Las carreras del 27 de octubre

El Jockey-Club cerró la temporada de 1907 con una hermosa fiesta llena de interés y de atractivos.

El número principal del programa fué la prueba de 1400 mts. corrido en cuarto lugar. Tres animales de indiscutible mérito se disputaron el handicap mejor equilibrado de la temporada. Dada la partida en buenas condiciones «Avonalis», como era de esperarse, tomó la punta seguida de cerca por «Yankee» y á mayor distancia por «Medoc». Así, sin notables variaciones en el fondo de la carrera, con sólo ligeros cambios de detalles, llegaron los tres cracks á doblar la recta final, iniciándose entonces la atropellada briosa y definitiva, que á todo rigor, soberbiamente sostenida, terminó con la lucha más emocionante que hemos presenciado en el año, en la que obtuvo el triunfo, en el espléndido tiempo de 1.26. «Medoc», (54 k) por media cabeza, sobre «Avonalis» [55k] que alcanzó el segundo puesto á un hocico de «Yankee» [55 k]



Acercándose á la meta en los 1400 metros  
1 "Medoc"—2 "Avonalis"—3 "Yankee"



La llegada en la primera carrera  
"Dard" y "Valiente" en la meta

Esta carrera tan importante merece un comentario. La justificación de la buena monta de los ginetes y de la alta clase de los animales está en el tiempo que han marcado. Hay, sin embargo, una serie de detalles, de menudos incidentes, apenas advertidos muchos de ellos, pero de indiscutible valor para apreciar las condiciones generales de la prueba y conocer sus verdaderos resultados.

«Avonalis» y «Yankee» como ya lo dijimos en el número anterior, se encontraban en un período de franco mejoramiento cuya más seria comprobación ha sido la carrera del último do-

«Yankee» disputándose, demaseado juntos, el terreno favoreció, decididamente, á «Medoc» que, suelto por el lado opuesto, logró más amplitud para manifestarse y más libertad para aprovechar el manejo, muy inteligente, de Benites.

Díaz sacó de «Avonalis» el mayor partido posible; pero Muñoz trabajando á «Yankee», con la mano izquierda y castigándole con la derecha, hacia el lado de su rival, perdió algo, al parecer muy insignificante, de su libertad de acción, pero que á esas alturas, en una lucha tan intensa y magistralmente dirigida por sus competidores, le ocasionó, al final, la pérdida de su ventaja que supo aprovechar Benites con una intención digna de todo elogio.

Esta prueba en lugar de ser la última ha debido, al contrario, inaugurar entre estos animales de alta clase, una serie de importantísimas carreras. Desgraciadamente nos deja envueltos



Régreso del vencedor Inst. Grandjean



La llegada en el premio Turf  
1 "Hazaña"—"Resignation"—3 "Rainfall"—4 "Honor"

mingo. «Medoc» se hallaba también en perfectas formas. Los recientes ejercicios de estos animales les daban idénticas probabilidades: ninguno podía alegar títulos que no tuvieran los otros. Pero el desarrollo de la prueba fué completamente distinto para cada uno. La lucha encarnizada entre «Avonalis» y

en la mayor curiosidad. La apreciación conjunta de sus facultades se nos escapa. Lejos de despejar una incógnita la ha complicado. Un kilo de por medio, un estímulo estrecho en momento decisivo, casi en la meta misma, significan mucho en estas especialísimas circunstancias; envuelven una importancia evidente y ocultan las proyecciones del porvenir.

El año próximo se encargará de aclarar los puntos. Pero no podemos negar que el potro de Stud Cayalti, el hijo de Gleinheim, es el que demuestra á pesar de todo, una acción más completa y de mayores alcances.

En las otras pruebas, interesantes y animadas, triunfaron también los pupilos de Iquique en lucha constante con sus competidores, salvo en la última carrera donde obtuvo «Honor» una victoria tan inesperada como fácil.

# Nuestra información gráfica



Aspecto de la calle de Mercaderes



El General Cáceres entre sus correligionarios



En la Plaza de Armas



Frente á la Catedral Inst. Grandjean

En los primeros días de la pasada semana arribó á nuestras playas el general Andrés Avelino Cáceres, dando su llegada objeto á la manifestación que reproducen nuestros grabados de hoy.



En el templo de Belén adornado de fiesta, contrajeron matrimonio el señor Severiano Bezada, senador de la Re-



Señor General Andrés A. Cáceres Foto. Moral

Enlace Bezada-Paz Soldán

Fotos. Moral

pública y la señorita Hortencia Paz Soldán y Paz Soldán, de distinguida familia limeña.

Un nuevo hogar formado por la virtud y el talento y acompañado por las simpatías de la sociedad limeña.



Publicamos el retrato del General don Norberto Eléspuru, recientemente ascendido á esta alta gerarquía militar por el Congreso. Hemos dado cuenta á nuestros lectores de los diversos agazajos que con este motivo le ofrecieran sus amigos, y creemos completar nuestra información publicando hoy el primer retrato del nuevo General, en el uniforme propio de su graduación.



En la última sesión de la Facultad de Ciencias, optó el grado de doctor, el teniente 2º de la armada nacional, señor José R. Gálvez.

El señor Gálvez es un brillante oficial de marina, que después de haber hecho su práctic<sup>o</sup> de tres años en la marina argentina ha sabido conquistarse un puesto prominente entre nuestros jóvenes marinos.



PRISMA publica en este número una vista del Colegio nacional de Huarás, institución docente, cuyo cuerpo de profesores ha logrado levantar, con laudable empeño, el nivel intelectual de ese plantel.



Publicamos hoy la fotografía del señor Joaquín Gimeno, honrado comerciante de esta plaza, sobre cuyo original suicidio se ha dicho tanto en las páginas de la prensa diaria.



Sr. GENERAL NORBERTO ELESURU

Foto Moral



Señor José R. Gálvez



Fotos. Moral

Señor Joaquín Gimeno

# Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

Y á pesar de sus ideas de usted acerca de este punto, sostengo que he hecho bien en educarlos lejos uno de otra, para dejarles toda la frescura y la novedad de sus sentimientos y no esa penosa transformación del corazón siempre desagradable en dos muchachos que se han conocido comiendo rebanadas de pan con manteca. Hoy se verán tal como deben aceptarse en calidad de esposos. Lo demás es cuenta suya. Si se aman harán un matrimonio de amor; si no, un matrimonio de conveniencia, y allá se va todo.

Habiéndose expresado así mi tío, sólo me restaba inclinarme ante sus deseos. Fácilmente comprenderás, por lo demás, que aguardé con impaciencia la hora de esta primera entrevista y que me hallaba por la noche en el salón mucho antes de la llegada de mi prometida.

Mi tía estaba en la gloria, como toda mujer en vísperas de un incidente romántico, y no dejó de fijarse en mi puntualidad. En cuanto al capitán, estaba leyendo tranquilamente su periódico, como un mortal que se halla muy por encima de esas bagatelas del sentimiento; iniciaba precisamente una discusión política, cuando un criado abriendo la puerta de par en par, anunció:

---Madama Saulnier y la señorita Campbell.

En conciencia debo declararte que experimenté una ligera emoción. Entró una señora de unos cuarenta años, seguida de una joven en traje de educanda. Levantéme, mientras mi tío salía al encuentro de su ahijada, á quien besó en la frente con gran efusión; luego, cogiéndola de la mano, con ademán digno y ceremonioso, nos presentó, diciéndonos sencillamente:

---Ana, aquí tienes á Andres, tu futuro esposo.

---Andrés, aquí tienes á Ana, tu futura esposa. Besaos.

Esta forma de presentación, en medio de su laconismo no dejaba lugar á ningún equívoco y nos indicaba inmediatamente cuál era nuestra situación respectiva. Demasiado acostumbrado á las maneras de mi tío, no vacilé un momento, besé á mi prometida y le dí después las buenas noches, lo cual me procuró la ocasión de mirarla.

Ana Campbell cumple hoy diecisiete años; no es ni alta ni baja, ni delgada ni gruesa, aunque la gran cinta azul que pende de su pecho con una cruz en medio, revela ya cierta morbilidad de formss. No es ni rubia ni morena: rostro oval, frente regular, nariz regular, y boca regular, con muy lindos ojos azules. Más que hermosa, es agradable y el conjunto de sus facciones respira la mayor dulzura al par que revela excelente salud. Mi tío ha cuidado de hacerme observar que aún no está completamente desarrollada, pues tiene grandes pies y manos para su edad, lo cual promete que el desarrollo final será espléndido. En suma, el lote que me cae en suerte no carece de gracia, antes al contrario y «todo se anuncia bien» como dice mi tío.

La comida fué muy alegre. Ana Campbell, algo intimidada por mi presencia, no mostraba el menor embarazo. Cada le parecía nuevo, y en sus modales y actitud revelaba el dominio de sí misma, propio de una hija de la casa que, habiendo ido á pasar un día de vacaciones, se sentía en su propio terreno

como yo. Eché de ver que conocía el hotel como si se hubiera criado en él, y supe en efecto que mientras yo estaba en el colegio, había vivido allí seis años en compañía de su tía. De todo esto resultaba cierta graciosa familiaridad con mis tíos, enteramente inesperada para mí. Educados uno lejos del otro y sin conocernos, nos encontrábamos por vez primera en aquel foco común de afectos que nos ligaba, sin saberlo nosotros, desde nuestra infancia: era aquello original y agradable á un tiempo.

Habiendo pedido mi tío *pickles*, Ana se apresuró á decir:

---Están al lado de Andrés.

Terminada la comida abandonamos el comedor. Siguiendo una costumbre rusa, que mi tía ha introducido en nuestra casa, al llegar al salón le besé la mano, al paso que ella me besaba en la frente. Ana hizo lo mismo; después, sin darse al parecer cuenta de ello, me ofreció ambas mejillas y lo mismo hizo luego con su padrino; inmediatamente corrió al piano, en el que se instaló mientras que nosotros tomábamos el café.

---¡Vamos! ¿qué tal la encuentras? me preguntó mi tío.

---Es muy graciosa, respondí.

---¿No es verdad?---Es precisamente lo que te conviene, repuso meneando el café con su cucharilla, con la tranquilidad de una conciencia inmaculada. Ve á hablar con ella y verás como no tiene pelo de tonta.

En efecto fuí á sentarme á su lado.

---Vamos, haga usted el bajo, me dijo, retirándose para dejarme en el sitio, como si hubiésemos tocado con frecuencia á cuatro manos.

Acabado aquel trazo, hablamos de su convento, de sus amigas y de la madre Santa Lucía á quien adora. Todo ello con una familiaridad llena de confianza cual si tuviese yo la costumbre de hablar con ella y cual si estuviese acostumbrada á tratarme como á un hermano ausente.

Dada su edad queda convenido que nuestros desposorios seguirán siendo un secreto de familia y que sólo se anunciarán á su debido tiempo.

Terminada la velada sin más incidentes, Ana se marchó á las diez para volver á su convento. Mientras se arreglaba, me alargó la mano, diciéndome:

---Adios, Andrés.

---Adios, Ana, le respondí.

---Mi tío me llevó al club, donde se puso á hacer su partida de whist.

Y ya que hablo de mi tío, debo referirte una aventura que acaba de sucederle. Ya sabes que ha muerto puesto que soy su heredero. Los derechos de inscripción en el registro están ya pagados, y de aquí no hay quien lo saque.

Resultan de esta extraña situación ciertas incapacidades legales que, aunque no le perturban extraordinariamente, al fin le molestan algo.

Hallándonos hace tres meses en Ferouzat, tuvo que hacer renovar su licencia de armas, la cual databa ya de siete años. Pero como en la prefectura constaba ya oficialmente su defunción, se negaron á facilitarle este documento que llevaba la firma de un difunto. Como puedes suponer, no se inquietó por tan poca cosa y siguió cazando como si nada hubiera scurrido. El otro día, al pasar por casa de nuestro banquero, quiso tomar unos veinte mil francos que necesitaba para sus gastos menudos.

(Continúa.)

